

# MANOLO RUIZ Y LA PINTURA EN LA EDUCACION ESPECIAL

Manolo Ruiz es un pintor inquieto. Esto se observa a primera vista en su pintura. Una pintura de gestos convulsos, paisajes oscuros donde algún tono rosa o verde rasga la penumbra. Ruiz siente una innata devoción por la naturaleza. Raramente pinta otra cosa, algún retrato de sus padres, de su mujer; de su familia, en suma. Manolo sólo es capaz de llevar al lienzo aquello que ama: la naturaleza o la familia.

Los campos de la isla son, pues, el protagonista principal de su pintura. Y la isla que nos enseña Manolo no es la isla amable, verde, típica y tónica, sino una isla más cruel, más atormentada, más, en resumen, inventada que retratada. El pintor sale al campo, recoge las sugerencias del paisaje real;

## Del tubo no sólo brotan colores: también salen los problemas psíquicos que atormentan al pintor

luego, en su estudio, reelabora todo lo que ha visto, de acuerdo con su peculiar sentido de interpretar lo que ve a través de su sensibilidad.

Bien. Esta es una faceta de Manolo Ruiz, como artista. Hay otra que, sin apartarse de los límites amplios del arte, cumple aún más que la pintura una función social. Me refiero a su actividad en el Centro de Educación Especial de Monte Coello.

El Centro, en general, es un auténtico hallazgo de la Caja Insular de Ahorros. Una de las obras más hermosas de las realizadas por esta entidad, y, sin duda, aquella que en el aspecto asistencial tiene una repercusión más considerable. En ese Centro se educan unos 150 niños cuyo coeficiente mental está por debajo del considerado normal. Allí se les proporciona unas enseñanzas adaptadas a sus inteligencias y a las peculiaridades de sus distintos caracteres. Un de tales enseñanzas es la de la pintura, a cargo precisamente de Manolo Ruiz.

Manolo Ruiz, cada día, atiende a 18 ó 20 alumnos. Su sistema de enseñanza es bien sencillo: proporciona a los niños unos colores, les indica cómo han de emplearlos, los pone ante una cartulina blanca y les deja que ellos hagan lo que quieran. Manolo, a veces, se acerca a alguno de ellos y le sugiere algo. Por lo demás, el mundo, las formas que van surgiendo en aquella cartulina

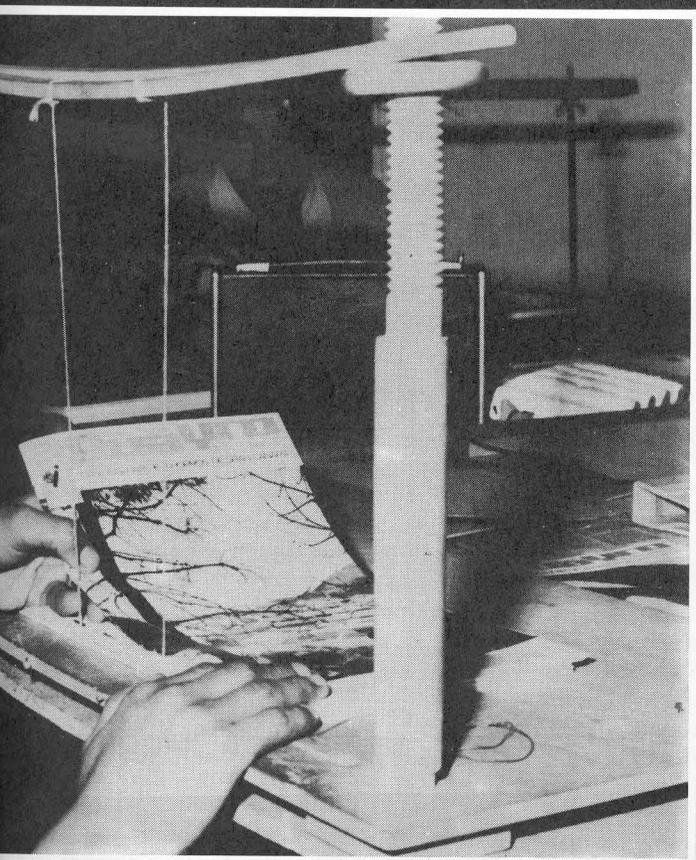




nacen espontáneamente del alumno. La pintura es una terapéutica eficaz. Del tubo no sólo brotan colores: también salen los problemas síquicos que atormentan al pintor; los colores y las formas van dejando sobre el papel las imágenes, terribles, inocentes, alegres o melancólicas que rondan a estos niños y adolescentes. Así se tranquilizan. Después de una sesión en la clase de pintura, los alumnos tienen otro gesto, otra cara más reconciliada con su propia realidad.

A Manolo Ruiz le encanta este trabajo. Disfruta con él. Se siente perfectamente útil con la ayuda que da a esos niños. A las cuatro de la tarde, concluida su labor, regresa a su casa, y se enfrenta con su propio lienzo blanco.

Son muchos los lienzos blancos que Manolo ha llenado de color. Con varia fortuna desde el punto de vista estético. Pero con la constante inquietud de ir a más. Manolo, un muchacho joven (nació en 1944), ha recorrido un largo camino; le queda por andar aún otro más largo. Aprendió en la Escuela de Luján Pérez los rudimentos de la pintura. Lo demás -todo eso que sea lo demás- lo ha conseguido solo. Ha celebrado por lo menos siete exposiciones individuales y ha participado en numerosas colectivas. En 1969 obtuvo una medalla al mérito en un concurso de carácter nacional organizado en Madrid, por "Educación y Descanso". Manolo Ruiz ha trabajado mucho. No obstante, cada día, Manolo, después de las cuatro de la tarde, cuando llega a su casa, se sienta en su estudio, ante un lienzo blanco, como si fuera la primera vez que se encontrara en tal situación. Manolo Ruiz siempre está empezando a pintar.



L. S.